

---

## CONVERSACION XII

SOBRE LA IGUALDAD DE ESPÍRITU

Alaúsia. Pues hace ya tanto tiempo que ofrecíste hablarnos de igualdad de espíritu; gustarás de cumplir ahora esta promesa?

Berenica. No es la voluntad, sino el tiempo el que me falta; y mucho más el talento necesario para desempeñar debidamente lo que os ofrecí.

Celerina. Lo primero páse enhorabuena; pero lo segundo no te lo podemos admitir.

Berenica. Creedme, uno y otro es: y casi tanto peligro hay en preocuparse á favor de una persona, como en prevenirse contra ella.

Alaúsia. Nosotras no juzgamos que esto sea preocupación, sino justicia, fundada en la verdad.

Berenica. Ya voy viendo que es preciso ceder; pero reservándome siempre el pensar sobre este punto según y como debe ser, para dar un testimonio á la verdad misma.

Celerina. Esperando estamos que nos hagas el favor de aclararnos nuestras dudas, según te lo tenemos pedido tanto tiempo há.

Berenica. La igualdad de espíritu ó de genio consiste en evitar los altos y bajos, en que se dejan precipitar todas las personas que no la tienen.

Alaúsia. Según eso, ¿muy necesaria será esta virtud para el comercio de la vida?

Berenica. Necesarísima: porque ¿cómo es posible vivir entre personas que no tienen estabilidad ni firmeza alguna de genio, sobre que se pueda contar?

Celerina. Alguna otra vez he encontrado yo de eso; y son propiamente como un manajo de espinas que no se sabe por donde tomarle.

Berenica. Dices muy bien: ellas tienen tantas locuras y extravagancias, como meses el año, días el mes, y horas el día.

Alaúsia. Eso es una lástima; semejantes personas no deben tener ni entendimiento ni razón.

Berenica. Uno y otro tienen; pero el humor les domina de tal suerte, que su entendimiento y su razón están como el Sol cuando padece algún eclipse.

Celerina. El Sol es entonces como si no fuera.

Berenica. Sí, siempre es Sol; pero lo que hay es, que su acción ó su influjo está impedido y debilitado.

Alaúsia. ¿Con que tú siempre les concedes entendimiento y razón?

Berenica. Sí; pero un entendimiento y una razón como eclipsados en una densa nube de humor.

Celerina. Pero una vez disipada esta nube, el Sol vuelve á aparecer con su antiguo resplandor.

Berenica. Lo mismo sucede con estas tales personas: quitado aquel lúgubre aspecto de humor, ya quedan llenas otra vez de entendimiento y de razón.

Alaúsia. Aun si este espeso nublado no apareciése más que de cuando en cuando, pudiera pasar; pero la desgracia es, que se deja ver muy á menudo.

Berenica. Entonces son más dignas de compasión.

Celerina. Yo no sé nada; pero juzgo que ellas aún tienen menos que sufrir que las demás, que les han de aguantar.

Berenica. Y ¿en qué os fundáis para decir eso?

Alaúsia. En que ellas no echan de ver esta nube que ofusca su entendimiento y su razón; al paso que no hay quien no la vea, y tenga que sufrir por eso.

Berenica. Yo no quería decirlo; pero os confieso, que en discurrir así, pensáis juiciosamente.

Celerina. ¿Qué remedio habrá para eso?

Berenica. Como no hay arbitrio para desterrar de la Sociedad á semejantes personas, es forzoso soportarlas, como se soporta á otros enfermos.

Alaúsia. Otros enfermos son más fácilmente soportables, porque ó sanan, ó se mueren; pero estos ni uno ni otro hacen.

Berenica. Toda la diferencia está en que la enfermedad de estos es más larga: y así, no hay otro medio que armarse de más larga paciencia.

Celerina. Bien vemos que el mejor remedio es ese; pero á fé, cuesta bastante caro.

Berenica. Ya os entiendo yo: es que vosotras no

quisiérais tener nada que sufrir en un lugar donde no se debe esperar otra cosa que motivos de sufrimiento.

Alaúsia. Tienes razón; pero también se cansa la gente de unos sufrimientos á que no se les ve el fin.

Berenica. Que sufráis de una manera ó de otra, eso ¿qué importa? puesto que siempre es necesario sufrir.

Celerina. Y ¿es posible que no ha de haber remedio para tales personas?

Berenica. Bien hábil era menester que fuéses, si las habías de curar.

Alaúsia. Para eso no habría cosa mejor, que atraerles buenamente á la razón.

Berenica. Concedo que sí; mas yo no me encargo de tal cosa.

Celerina. ¿Y por qué? Dí.

Berenica. Os lo dije ya antes; porque como su razón está eclipsada y oscurecida con la espesa nube del humor, no está en paraje de que se la pueda reducir.

Alaúsia. Con que no hay otro medio que el de abandonar á estos enfermos por incurables, y resolernos á sufrir.

Berenica. Creedme; ese es el camino más breve.

Celerina. Mas no todos son así.

Berenica. Harta lástima sería, que todos lo fuésen.

Alaúsia. ¿Luego hay algunas personas dotadas de esa virtud, que tú llamas igualdad de espíritu?

Berenica. Sí que las hay; y semejantes personas son muy amables.

Celerina. ¿Mucho gusto será vivir con tales personas?

Berenica. Así es; porque siempre se las encuentra iguales.

Alaúsia. Pues ¿qué? ¿los trabajos, los pesares, los infortunios no les alteran nunca?

Berenica. No; siempre están de un semblante sereno y apacible, aun en medio de los sucesos más desgraciados.

Celerina. Si no sienten, ni les hacen fuerza estas cosas, ¿luego serán insensibles?

Berenica. Antes al contrario; son muy sentidas para consigo mismas; pero se guardan mucho de dar lugar á que las demás las sientan.

Alaúsia. ¿Con que según eso, ellas ocultan estas cosas entre Dios, y entre sí mismas?

Berenica. Eso es lo que procuran hacer, con el socorro de la divina gracia.

Celerina. Y el ser ellas así ¿no podrá acaso atribuirse á un efecto de su temperamento ó complección?

Berenica. ¿Qué es lo que dices? ¿Temperamento? No hay complección ni temperamento, que pueda por sí solo hacer que toleremos ó llevemos cristianamente los trabajos.

Alaúsia. ¿Luego será efecto de la virtud?

Berenica. No lo dudéis. La igualdad de genio no es dádiva de la naturaleza, sino un dón de Dios.

Celerina. Según eso ¿será menester pedirsele á Dios con repetidas vivas instancias?

Berenica. Tenéis razón; pero es necesario no quedarse solo en eso; sino trabajar mucho para alcanzarle.

Alaúsia. ¿Y qué trabajo ha de ser?

Berenica. Es necesario, con la ayuda de la gracia, dominar sus humores, y resistir constantemente á sus propias inclinaciones.

Celerina. Yo casi estaba tentada por creer, que todos nacían con esta virtud.

Berenica. Pues desengañáos; porque la virtud no nace con nosotras; es fruto de la gracia de Dios y del trabajo de nuestra parte.

Alaúsia. Hé aquí que nos tienes ya mucho mejor instruídas, que lo estábamos antes.

Berenica. Aprovecháos, pues, y practicad estos documentos, que sin duda son bien seguros.

Celerina. Todavía nos queda una cosa que preguntarte, y es: ¿si estas personas son estables y permanentes en sus designios, en sus resoluciones, y en sus empresas?

Berenica. Lo son; muy firmes y muy constantes.

Alaúsia. ¿Qué? ¿No se les vé nunca formar designios, tomar resoluciones, seguir empresas; y después mudarse repentinamente?

Berenica. No; porque eso ya no sería tener el genio igual; y el genio que lo es, se asemeja en algo á Dios, que siempre es el mismo.

Celerina. ¿Tampoco se les vé andar como revoloteando de plaza en plaza, y de lugar en lugar?

Berenica. No; á no ser que algunas razones de la Divina Providencia les obliguen á ello.

Alaúsia. ¿Sucede esto mismo con el humor?

Berenica. ¿Qué quieres decir con eso?

Celerina. Lo que quiero decir es, ¿si tan presto estan de buen humor, como de malo?

Berenica. Su genio firme y siempre igual, no les permite vicisitudes y alternaciones.

Alaúsia. ¿Con que siempre se podrá llegar á hablarles fácilmente y sin recelo alguno?

Berenica. Sí; porque cuenta una con ser escuchada siempre con toda apacibilidad.

Celerina. ¿No habrá, pues, necesidad de andar con largos preámbulos, con grandes rodeos, ni con circunloquios estudiados, para proponerles todo cuanto se les quisiere decir?

Berenica. No; porque la confianza en que se va de que son accesibles, y de hallarles siempre iguales, hace que se les diga lisa y llanamente de lo que se piensa decirles.

Alaúsia. ¿Y si lo que se les dice es algún despropósito que no viene al caso?

Berenica. Saben sufrirlo, sin que haya que temer el sonrojo de que lo reprendan; porque están persuadidos de que, cuando los que llegan á hablarles lo hacen así, será porque no podrán menos de hacerlo.

Celerina. ¡Ese si que es un carácter de espíritu y genio muy amable!

Berenica. Pues trabajad vosotras para ser también así, y de ese modo serviréis de un consuelo grande á cuantos tratéis, y á todos aquellos con quienes tengáis alguna relación.

Alaúsia. A trabajar vamos sobre esto.

Berenica. Yo deseo que salgáis con ello.



BIBLIOTECA

---



---

### CONVERSACION XIII

CONTINUACIÓN DE LA CONVERSACIÓN ANTECEDENTE.

Alaúsia. Ahora que ya comprendemos lo que es la igualdad de genio, quisiéramos y celebraríamos tenerla

Berenica. Como ésta viene á ser la virtud de las virtudes, es menester para tenerla, no perdonar diligencia alguna.

Celerina. Pues enseñanos qué es lo que se debe hacer para eso.

Berenica. Lo primero, es menester estar dotadas de una gracia singular\*

Alaúsia. Decirnos eso, es decirnos lo que se debe tener; no lo que para esto debe hacerse.

Berenica. En eso me perdonaréis; pues el decirnos que es necesario estar dotadas de una gracia particular, es decirnos que necesitáis trabajar para tenerla.

Celerina. Pero ¿qué trabajo es el que para esto se ha de emplear?

Celerina. Es menester pedírselo á Dios con vivas instancias; y humillarse mucho para hacerse dignas de ello.

Alaúsia. Verdaderamente que ese si es trabajo.

Berenica. No os habéis de parar precisamente en el sonido de las palabras; pasad más adelante, y haced por calor el sentido de ellas.

Celerina. ¿Con que sin oración y sin el cuidado de humillarse, no se puede obtener esta gracia?

Berenica. No; porque ordinariamente es fruto de una y otro.

Alaúsia. Pues por ahí habremos de empezar.

Berenica. Si así lo hiciéres, atraeréis hacia vosotras el espíritu de gracia; y con esta gracia fácilmente conseguiréis todo lo demás.

Celerina. ¿Qué uso deberá hacerse de esta gracia?

Berenica. Será necesario con su auxilio, que os hagáis señoras absolutas de vuestros humores, y que sepáis mandarles con imperio, así como Jesucristo mandaba á los vientos y al mar. (1)

Alaúsia. ¿Dices tal vez eso, porque nuestro corazón es á manera de un mar, expuesto á los vientos y borrascas?

Berenica. Los humores hacen en nuestro corazón lo que los vientos y tempestades hacen en el mar.

Celerina. Y ¿cómo se ha de resistir á estos vientos y tempestades?

---

(1) Matth. cap. 8, v. 26.

Berenica. Si para eso hubiéseis de estar solas, mucha compasión os tendría yo; como se la hubiera tenido á los Apóstoles, si hubiesen estado solas, cuando se levantó aquella gran borrasca contra ellos.

Alaúsia. Pero ¿no fueron los Apóstoles los que apaciguaron aquella terrible tempestad?

Berenica. En cierto sentido sí fueron ellos los que la aplacaron, porque á ruegos suyos acudió Jesucristo á serenarla.

Celerina. ¿Con que eso es lo que se debe hacer cuando el viento y las tempestades de nuestros humores se levantan contra nosotras?

Berenica. Eso es precisamente lo que debe hacerse: recurrid inmediatamente á Jesucristo, y suplicadle que diga una palabra no más, y al instante sobrevendrá una calma grande.

Alaúsia. ¿Y si Jesucristo estuviere durmiendo, como lo hacía entonces?

Berenica. Despertadle, como lo ejecutaron los Apóstoles; evitando no obstante el incurrir en desconfianza, como ellos.

Celerina. ¿Luego requieres en nosotras mayor perfección que la que tenían los Apóstoles?

Berenica. Yo os pido que imitéis sus virtudes, sin imitar sus defectos.

Alaúsia. Bien nos podíamos contentar con parecer-nos siquiera á ellos.

Berenica. Sí, en el hecho de recurrir á Jesucristo; mas no en su desconfianza. No sabéis ya que Jesucris-

to los reprendió por ésta, para enseñarnos á nosotras á evitarla?

Celerina. Demasiado es ya lo que nos pides.

Berenica. No os pido yo otra cosa, sino que en esas ocasiones de vientos y borrascas interiores, recurráis á Jesucristo sin desconfianza.

Alaúsia. Haremos todo esfuerzo por practicar lo que nos aconsejas.

Berenica. ¡Oh! qué bien, y qué prontamente seréis recompensadas! Pues con una sola palabra que hable este Divino Salvador, el cual está dentro de vuestro corazón, como en una barquilla expuesta á los vientos y tempestades, apaciguará el alboroto y agitación de todos vuestros humores; y será muy grande tranquilidad la vuestra.

Celerina. ¿Con que ese es el modo de llegar á enseñorear sus humores?

Berenica. Con la protección de Jesucristo, no solamente nos es posible todo, sino también fácil.

Alaúsia. En eso no parábamos nosotras la atención.

Berenica. Pues ya véis, por lo que dejo dicho, cuántas dificultades os he allanado.

Celerina. Ahora ya lo vemos claramente. Y ¿qué más es menester hacer para obtener esta igualdad de espíritu?

Berenica. Es necesario no querer más que lo que Dios quisiere, como lo quisiere, y á medida que lo quisiere.

Alaúsia. También eso es pedir una perfección demasiado grande para nosotras.

Berenica. Os concedo que es grande; mas sin esto, nunca llegaréis á conseguir la igualdad de genio.

Celerina. ¿Y por qué? dí.

Berenica. Porque siempre tentréis algunos antojos ó veleidades, opuestas á la volunta de Dios; y esta oposición causará en vosotras continuas rebeliones interiores; y por consiguiente un sin número de inconstancias de genio.

Alaúsia. Ya concebimos eso, y lo entendemos.

Berenica. Pues si lo concebís, no os deténgais en ponerlo en ejecución.

Celerina. Bien quisiéramos hacerlo así; pero nos parece dificultoso.

Berenica. Hablemos sencillamente y con toda verdad: ¿Acaso lo es menos, ó no es lo mismo, cuando no os sometéis á la voluntad de Dios? ¿Las cosas mudan por eso de semblante?

Alaúsia. Tienes razón en eso; pero es el caso que nosotras quisiéramos siempre hacer algún tanto nuestro gusto.

Berenica. Ya os entiendo; y bien conocía yo que esto era lo que os detenía.

Celerina. Pero, también y todo, ¿cómo se ha de vivir siempre sin hacer su voluntad! Esa es una cosa muy dura.

Berenica. Vuelvo á decir, que bien veía yo que esta era vuestra dolencia.

Alaúsia. Pues haznos el favor de curárnosla; y eso más tendremos que agradecerte.

Berenica. Yo no alcanzo otro medio mejor, que el de no tener más voluntad que la de Dios: entonces, sin hacer una su voluntad, la hace siempre.

Celerina. Y ¿cómo se ha de concordar esto?

Berenica. Es cosa bien fácil; por cuanto de ese modo no se hace nunca su voluntad propia é injusta? y se hace siempre la voluntad de Dios, justa y buena.

Alaúsia. Mas nosotras gustaríamos algunas veces de hacer nuestra propia voluntad.

Berenica. ¡Ah! Esa voluntad propia es la que quita la vida á la igualdad de genio.

Celerina. ¿Cómo, pues, hemos de hacerlo?

Berenica. Sacrificando la voluntad propia á la igualdad de espíritu; porque, ajustadas cuentas y tomadas todas las medidas, más vale que muera en nosotras la una que la otra.

Alaúsia. ¿Con que en suma no hay sino resolverse á ello? ¿Y es esto cuanto hay que hacer?

Berenica. Aún hay que hacer otra cosa.

Celerina. Dínosla por tu vida.

Berenica. Obrar siempre en paz y con tranquilidad.

Alaúsia. Mas ¿cómo es posible obrar en paz y tranquilamente, cuando ocurren muchas cosas que hacer, y cuando todo el mundo gusta de ser servido á un mismo tiempo?

Berenica. Creedme; nunca se adelanta tanto en una

obra, como cuando se trabaja pacífica y tranquilamente; este es el verdadero medio de contentar á todos, sin perder la igualdad de genio.

Celerina. Pero uno pide una cosa á mano derecha; otro pide otra cosa á la izquierda: uno grita de un modo; otro grita de otro: ¿Cómo se ha de suponer una, si no se apresura?

Berenica. Como podáis apresuraros sin que os turbéis, enhorabuena; más eso apenas es factible.

Alaúsia. Así trataremos de hacerlo.

Berenica. Regularmente lograréis de esa manera ser más diestras y avisadas que Marta, cuya desmesurada solicitud fué reprendida por Jesucristo, (1) porque se turbaba en el mismo hecho de apresurarse.

Celerina. Nos guardaremos muy bien de tenernos por más hábiles que ella; y ni aun siquiera pensarlo.

Berenica. Creedme: andad despacio, que este es el medio de ir aprisa.

Alaúsia. Eso se contradice.

Berenica. No hay tal: pues nunca se va más de prisa en cualquiera obra, que cuando se va despacio.

Celerina. Bien se vé que eres enemiga de la precipitación y turbulencia.

Berenica. Yo sí gustaría de ella, como á vosotras os sucede, si viése que podía ser útil para algún fin.

Alaúsia. Pero al cabo se despacha más pronto.

Berenica. Dí más bien: se hace más ruido y más es-

(1) Luc. cap. 10. v. 41.

trépito; es mayor también el atolondramiento; pero realmente se hace menos hacienda.

Celerina. A mí me parece que se hace más.

Berenica. Pues yo estoy persuadida á que se hace menos; y por otra parte, fuera de que esos torbellinos están siempre expuestos á los vapores que se levantan del humor, acontece también, que no hacen las cosas más que á medias é imperfectamente.

Alaúsia. ¿Será, pues, forzoso que dejemos de obrar á manera de torbellinos, para poseernos á nosotras mismas; no mortificar á nadie; y hacer las cosas con mayor perfección?

Berenica. Si tomáreis este partido, veréis cómo, antes de mucho, llegáis á gustar la dulzura de la igualdad de espíritu.

Celerina. A lo que te oimos decir, ¿esta dulzura deberá de ser muy grande?

Berenica. Haced vosotras la experiencia, y luego me la diréis.

Alaúsia. Esa es una dulzura desconocida para nosotras hasta la presente.

Berenica. Lástima os tengo, ciertamente; porque esta es una suavidad y una dulzura que no tiene semejante: la sagrada Escritura la compara á la de un continuo banquete. (1)

Celerina. Grande es el deseo que ya tenemos de gustarla

(1) Prov. 15. 15.

Berenica. Pues para eso es necesario no dejar pasar nada de lo que os he dicho.

Alaúsia. Estamos enteramente determinadas á hacerlo así.

Berenica. Yo lo deseo vivamente; y no habrá cosa que me dé más gusto.

Celerina. Tendrás seguramente esa satisfacción; y desde luego puedes contar con nuestra palabr.




---

## CONVERSACION XIV

SOBRE EL ESPÍRITU Ó EL ENTENDIMIENTO, Y EL JUICIO.

Antonia. Hace ya muchísimo tiempo que deseo oírte hablar sobre una materia, que excita justamente nuestra curiosidad.

Paulina. Como no tengo yo el dón de adivinar, no puedo saber, qué materia es esa.

Antonia. No estoy yo menos solícita que mi compañera, ni es menor mi curiosidad que la suya.

Paulina. Explicáos, pues; que yo procuraré satisfaceros del mejor modo que pueda.

Antonia. Pues sobre lo que deseamos oírte hablar, es sobre el *espíritu*, y el *juicio*.

Paulina. Á fé que en eso habéis escogido una materia bien ámplia y bien extensa. Decid, pues, qué es lo que deséais saber de ella en particular.

Antonia. Quisiéramos saber, ¿qué cosa son, y qué diferencia hallas tú entre uno y otro?

Paulina. El espíritu ó el entendimiento es el que produce en nosotros los pensamientos; y el juicio el que los dirige y pone por obra. Esa es la diferencia.